

ISAAC

4

# ASIMOV

Magazine

**Peregrino:  
perplejo**  
por Avram  
Davidson

250 PTAS.  
(IVA incluido)

- Martin Gardner
  - Barry B. Longyear
- 

Desde su aparición en 1977, el Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, avalado por el más prestigioso autor del género, ha venido publicando la mejor y más reciente producción de relatos de los nuevos valores de la ciencia ficción, creando un amplísimo e inestimable fondo editorial del que, en estas selecciones, ofrecemos mensualmente lo más destacado.

Esta cuarta selección incluye una novela corta de Avram Davidson situada en el marco semilegendario de la caída del Imperio Romano, un realto acertijo de Martin Gardner sobre el viejo tema de los individuos que siempre dicen la verdad y los que siempre mienten, y narraciones de Barry B. Longyear, Sharon Webb y Coleman Brax.

## Índice de contenido

Cubierta

Isaac Asimov Magazine 4

Prólogo

Regreso al hogar

Los tres robots del profesor Tinker

Transferencia

El hombre del rondador

Peregrino: perplejo

# ASIMOV

*Por razones obvias, el gran tema de la narrativa fantástica de todos los tiempos es el encuentro del hombre con lo desconocido y lo maravilloso que en la fantasía tradicional suele tomar la forma de lo sobrenatural o lo mágico.*

*La ciencia ficción no busca lo maravilloso más allá de la naturaleza, sino que amplía sus límites y perspectivas mediante la extrapolación hacia el futuro o hacia el pasado, hacia afuera o hacia adentro. Pero su tema sigue siendo — no puede ser otro— el encuentro. No con magos o con demonios, como en el caso del héroe clásico, sino con seres doblemente inquietantes por lo verosímiles: máquinas pensantes, reptiles inteligentes, salvajes extrahumanos... Que, en última instancia, remiten al hombre al más inquietante de los encuentros: el encuentro consigo mismo.*

*En los relatos de esta selección, el diálogo del hombre con interlocutores no humanos es abordado desde distintos ángulos y con diversos enfoques. Ya sea en clave de humor o con el más tenso dramatismo, la implacable lógica de las máquinas o la diferente sensibilidad de los extraterrestres sirve de contrapunto para poner de relieve nuestros propios problemas y contradicciones, brindando al lector la posibilidad de un «encuentro» del que la imaginación sale fortalecida y la mente más flexible.*

## Regreso al hogar

**Barry B. Longyear**

*Barry B. Longyear es el autor de la excelente narración en que está basada la película Enemigo mío. En el relato siguiente, como en Enemigo mío, el autor plantea el enfrenamiento de los humanos con una raza alienígena... aunque no exactamente extraterrestre.*

Lothas introdujo su pesada cola verde entre el cojín y el respaldo del asiento. Extendiendo una de las uñas de su escamosa mano de cinco dedos la metió en la ranura del conmutador y tiró de él hacia abajo. El escudo acorazado de la burbuja visora delantera se alzó lentamente mientras el centro de control pasaba a luz roja. Lothas notó cómo el extraño dolor crecía en su pecho mientras miraba a través del filtro a la estrella meta, que ya no era un punto de luz, sino un pequeño y brillante disco. Se apoyó en el respaldo, con sus grandes ojos oscuros destellando mientras contemplaban la estrella. *Ha pasado tanto tiempo... Aunque sólo he estado fuera de suspensión durante un total de seis ciclos estelares, sé que han pasado... setenta millones de ciclos estelares. Un tercio de ciclo galáctico.*

Lothas vio su propio reflejo en el filtro, giró su largo cuello a la izquierda, luego a la derecha, y se maravilló ante la

ausencia de cambio. Los grandes ojos, que ocupaban una quinta parte de la imagen, estaban claros y centelleaban con puntos de luz roja, azul y amarilla reflejados de las luces indicadoras y de servicio. La piel, suave y grisverdosa, oprimía y delineaba las grandes venas que iban desde los ojos hacia el alargado morro, con sus hileras de gruesos, blancos y aguzados colmillos. Volvió a enfocar la estrella mientras tendía la mano derecha y apretaba un panel con uno de sus cinco dedos.

—Aquí Lothas Dim Ir, oficial de guardia. —Hizo una pausa y examinó la lectura de navegación; luego pasó a un esquema del resto de las naves, en formación de grupo. El esquema mostraba todas las naves, excepto tres de las doscientas, contestando. Lothas estudió el esquema, algo confundido por el hecho de no sentir nada por las naves perdidas. Los sistemas de grabación automáticos habían mostrado cómo las tres naves habían sido destruidas por el mismo meteoro. *Pero eso había sido... hacía millones de ciclos. Era difícil sentir dolor por muertes tan antiguas.*

Apretó otro panel y el esquema comenzó a llenarse con los datos del porcentaje de supervivencia de unidades vitales transmitidos por las guardias de las otras naves. Se hizo una media automática y un conteo de unidades valorando la supervivencia: 77,031% y 308 124 unidades vitales que sobrevivían. Lothas asintió con la cabeza. No había habido ningún cambio en esos datos desde hacía... más de treinta millones de ciclos estelares. Las tres naves destruidas y los que no podían sobrevivir al proceso de suspensión. *Pero el resto de nosotros veremos Nitola.*

Lothas miró en derredor por el vacío centro de control. Momentos después de la orden de inicio de la desuspensión, el centro se convertiría en un panel de actividad... *Un panel de actividad; me pregunto si los pequeños dulcesecitos agujoneadores habrán sobrevivido.* Miró las bancadas de instrumental receptor, los aparatos sensores y de análisis y el resto de instrumentos que los sapientes utilizarían para

ver cómo había cambiado Nitola. *Pero en este momento todavía hay silencio... esta maravillosa y enjoyada soledad del espacio. Siento dolor nostálgico por mi planeta, pero también esto se ha convertido en mi hogar.*

Tendió una garra y cerró el escudo, cortando la visión de la estrella madre. Mientras el centro pasaba a luz amarilla, Lothas oprimió el mando de inicio de la desuspensión. A medida que las otras naves respondían, escuchó los sonidos de la vida agitarse en la suya propia: gimieron motores, drenando el claro fluido de suspensión de los innumerables largos de venas, reemplazándolo con cálida sangre. Lothas miró el drenaje colocado en su propio brazo. Lo arrancó y observó cómo se formaba una mancha de sangre para luego empezar a coagularse. Tiró el drenaje a un reciclador. *Ya no los necesitaremos más, casi estamos en casa.*

Carl Baxter, vestido con calzoncillos y camiseta de uniforme, alzó la vista de debajo de la cama.

—¿Dónde están mis calcetines?

La forma que había en la cama, cubierta la cabeza por las sábanas, murmuró:

—No soy yo quien los usa.

—Es mi último par de calcetines limpios. ¿Dónde están? La forma apartó las sábanas, mostrando una masa de cabellos oscuros enmarañada por el sueño, que enmarcaba una hermosa pero irritada faz.

—Tendrías calcetines limpios si te ocupases más a menudo de la colada. Los dos trabajamos, así que no hay razón alguna para que sea yo la que...

—Vale, vale. —Baxter apartó el mueble ropero y miró detrás.

—¿Vale, vale y ya está?

—Vale. —Volvió a empujar el mueble contra la pared—. Mira, no se puede decir que tengamos el mismo tipo de trabajo, Deb. Yo tengo que estar en la base a las seis y media, seis días a la semana, incluso a veces siete. Y tengo

suerte si puedo arrastrarme de vuelta a casa a tiempo para el programa de Johnny Carson. ¿Y encima quieres que ayude con la colada, la compra, la limpieza?

—¡Escucha, supersoldado!— Deb se apartó el cabello de los ojos. —¿Te crees que mantener en marcha la Agencia yo sola es fácil? La semana pasada, ese idiota de montador que contrataste antes de que te llamasen a filas estropeó por completo la campaña de primavera de Boxman. ¡He estado trabajando dieciséis horas al día para tratar de tenerla a tiempo! ¿Y encima quieres tener la colada al día?

Baxter concluyó su tercera búsqueda por los cajones del mueble cerrando de golpe el de arriba a la derecha.

—¿Por qué no contratas a alguien para que te ayude? Nos lo podemos permitir.

Los ojos de Deb se abrieron mucho.

—¿El amo blanco querer decir que él permitir a pobre esclava contratar alguien para ayudarla? ¿Dejar decisión a pobre, estúpida mujer?

—¡Oh, corta el rollo! —Baxter frunció el ceño y se sentó en la cama. Puso la mano en el hombro de Deb—. Escucha, lo siento. Ya sé que dije que nada de contratar a nadie hasta que yo hubiera acabado con esto y también sé que ha sido muy duro para ti. Vamos, contrata a quien quieras para que te ayude. Le haré una llamada a Boxman y trataré de solucionar las cosas.

Deb colocó la mano sobre la de Baxter y le miró a los ojos:

—¿Cuándo va a acabar contigo la Fuerza Aérea? Todo esto es una verdadera estupidez: un día estamos dirigiendo un negocio de mucho éxito y viviendo en un apartamento precioso, y al siguiente estamos aquí metidos, en medio de la nada, en un barracón que no ha sido reparado desde los tiempos en que Napoleón era soldado raso. ¡Dime que ya se ve la luz al fondo del túnel, por favor!

Baxter se alzó de hombros.



—No sé qué decirte. —Levantó la cabeza y la miró—. Ese viaje diario a Santa Bárbara te está poniendo frenética, ¿no? ¿No estarías mejor si te hubieras quedado en casa?

—Mira, Baxter, soportaré esto tanto tiempo como tú, y ya no puede ser mucho más, ¿verdad? Los seis meses están ya a punto de acabar, ¿no?

Baxter se puso en pie y reinició su búsqueda de los desaparecidos calcetines.

—¿Crees que puedo haberlos dejado en el vestíbulo?

Deb frunció el ceño al instante:

—¿No?

—¿Qué?

Ella agitó la cabeza y golpeó el colchón con los puños.

—¡Oh, no! ¡No puedes haberlo hecho! ¡Dime que no has aceptado un reenganche! ¡Dime que no, o te abro el cráneo con el despertador!

Él suspiró, se alzó de hombros, se rascó la cabeza y luego abrió los brazos.

—No tenía elección, Deb...

—¡Oooooooh! ¡So... so... monstruo! —Apartó las sábanas de un manotazo, saltó de la cama y se fue corriendo al cuarto de baño. La puerta se cerró de golpe y luego sonó el pestillo.

—¿Deb? —Baxter fue hasta la puerta—. ¡Por favor, cariño, no te encierres! ¡Aún tengo que afeitarme!

—¡Lárgate!

—Deb, en este momento soy todo lo que tienen, en cuestión de relaciones públicas, para promocionar las ideas de la Fuerza Aérea acerca de un nuevo transbordador espacial combinado, por no hablar del nuevo bombardero, y...

Se abrió la puerta, un par de calcetines salió volando, y de nuevo se cerró de golpe.

Vistiendo un calcetín de uniforme color azul, y otro no tan de uniforme con los cuadros amarillos y rojos del clan escocés Argyle, el uniformado capitán Carl F. Baxter se

marchó en el coche oficial azul que tenía asignado. Llegó a la señal de alto del cruce, frenó con un chirrido y tanteó en la guantera buscando la afeitadora eléctrica. Tras él sonó un claxon y Baxter miró por encima del respaldo para ver la graduación de quien lo tocaba. Viendo únicamente unas solitarias barras doradas, volvió a su búsqueda. *Ese maldito cacharro tiene que estar aquí.* Su mano se cerró sobre la vieja Remington, un regalo de su suegra, se sentó bien y se quitó la gorra. El conductor que había tras él tocó de nuevo el claxon y Baxter le hizo un gesto con el dedo, indicándole dónde se lo podía meter. Con un airado rechinar de neumáticos, el teniente rodeó el coche de Baxter, ignoró el cartel de *stop* y se metió en la pista principal de la base. Con su afeitadora zumbando, Baxter arrancó y giró a la derecha.

Entrevió el destello de un signo: «ODQ-D7» y recordó el comentario de Deb cuando lo vio por primera vez: «¿Ésta es nuestra nueva casa? ¡Oh, me gusta el nombre... es mucho más bonito que Colinas de Hollywood, o Plaza Sutton!». Resopló y apretó el acelerador mientras llegaba a la pista de aparcamiento de los aviones experimentales. Deb también tuvo un comentario para aquel lugar: «¡Oh, qué hermosa vista... Baxter, quiero el divorcio!». En realidad no lo quería, pero aquello no la hacía feliz, como tampoco a Baxter. Experimentado piloto de pruebas, había abandonado la Fuerza Aérea durante los recortes presupuestarios realizados en la experimentación a finales de los sesenta, para iniciar su propia agencia de publicidad. Como oficial de la reserva había supuesto que, si alguna vez lo volvían a movilizar, sería en calidad de piloto. Pero la Fuerza Aérea había considerado mucho más deseable su habilidad como publicista, y lo había metido en Relaciones Públicas. Baxter miró la ventanilla lateral del aparato negro, con forma de aguja, que había en la pista y al que estaban preparando para una prueba. *¡Maldita sea, es una hermosa visión!*

Volvió a concentrarse en la conducción y en evitar lo más gordo del tráfico. Dentro de dos días iba a presentarse

la comisión del Congreso, y aún no tenían una argumentación para la presentación del transbordador espacial combinado... o, al menos, una argumentación más sutil que un simple: «¡Suelten la pasta!». Luego, había que ocuparse también del problema del pueblo, del comité de urbanización. La nueva oficina de reclutamiento violaba las normas de urbanización del pueblo, y era cosa de calmar los ánimos. Pues, a pesar de que los organismos federales no están obligados a cumplir con las normas locales de urbanización, la mala prensa sigue siendo la mala prensa. La argumentación: meterles por narices el nuevo edificio en el pueblo, pero de modo que parezca que la Fuerza Aérea le está haciendo un favor a la comunidad. Aún había que hacer algo con la Asociación de Mujeres del pueblo. En la oficina ese grupo era apodado la Liga anti-copas-y-putas. Las buenas señoras estaban en contra de que los hombres de la base creasen en la población un mercado para el creciente número de bares y damas de encantos contratables. ¿Argumentación? *Quizá podríamos hacer que castrasen a todos nuestros soldados, señoras mías. ¿Qué les parecería esto?* Baxter lanzó una risita, pero se volvió a poner serio cuando recordó que también tenía que ocuparse del Consejo Escolar: las protestas por tener que mantener los gastos adicionales que suponía la educación de los mocosos de la Fuerza Aérea estaban haciéndose insistentes, y la acusación de que algunos de los hijos de los hombres de la base habían enseñado a sus compañeros pueblerinos a fumar yerba no le era de ninguna ayuda...

—¡Oh, diablos!

Baxter lo apartó todo de su cabeza, mientras paraba junto a la garita de guardia en la entrada de seguridad. Un policía aéreo, que parecía tener tres veces el tamaño de un hombre normal y una mandíbula a escala, con la forma y el color de un martillo pilón, le saludó y se inclinó hacia la ventanilla del coche:

—¿El capitán Baxter?

Baxter asintió con la cabeza.

—Sí, soy Baxter.

—¿Carl E?

—Eso es.

El P. A. abrió la puerta y le hizo un gesto con la mano:

—Haga el favor de hacerme sitio, señor.

—¿Cómo?

—Se supone que le he de conducir a un área de alta seguridad, capitán. Por favor, déjeme el puesto.

Baxter tendió la mano hacia la puerta e intentó cerrarla. La fuerza con la que el P. A. la retenía podría haber sido el equivalente a una tonelada de hormigón armado. Baxter miró hacia la garita y vio a Wilson, uno de los P. A. habitualmente de guardia en la puerta.

—Wilson, ¿podría hacerme el favor de llamar a este gorila amaestrado? Hoy tengo mucho trabajo que hacer y nada de tiempo para bromas.

Wilson se quedó en la puerta de la garita y se alzó de hombros.

—Lo lamento, capitán, pero Inovsky tiene sus órdenes...

Baxter miró al gorila.

—Inovsky, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Está seguro de que no se ha equivocado de Fuerza Aérea, Inovsky?

El P. A. desabrochó la tapa de su pistolera.

—Por favor, capitán Baxter. Hágame sitio.

Baxter se alzó de hombros y puso el coche en punto muerto.

—Seguro, ¿por qué no?

Se corrió en el asiento y miró cómo el enorme P. A. entraba, cerraba la puerta de golpe y partía chirriando en dirección a la pista de aparcamiento de modelos experimentales.

—¿Qué es lo que sucede?

El P. A. agitó la cabeza.

—No lo sé, capitán. Se me ordenó que lo llevase a la sección experimental. —El hombre mostró su primera sonrisa—. Pero con todos los jefazos que han estado aterrizando en el campo durante la pasada hora, yo diría que va a reunirse usted con gente importante.

—¿Cómo de importante?

—El Secretario de Defensa, Comandante de la Base y todos los mandos intermedios entre ambos, por lo que he oído.

Baxter miró por la ventanilla de su lado y trató de bajarse la pernera derecha para tapar el calcetín del clan Argyle.

—Hay en mi mente una pregunta sin respuesta, Lothas.

Lothas se apartó del portillo por el que había estado disfrutando de la visión del blancoazulado planeta Nitola... el que ahora llamaban Tierra. Medp estaba junto a él.

—Dime, Medp, ¿tenéis los sapientes tiempo para pensar en cosas intrascendentes? —Ambos miraron hacia Nitola—. ¿Cuál es tu pregunta, Medp?

Medp hizo un gesto con la cabeza en dirección al planeta.

—¿Cómo selecciona una raza como ésa a un representante para tratar con nosotros?

—¿Los u-manos? —Lothas hizo una pausa, preguntándose cómo hubiera reaccionado su propia raza ante la noticia de que llegaban unos visitantes de hacía setenta millones de ciclos—. No puedo ni especular al respecto, Medp.

Lothas tendió una garra:

—Todas esas tribus separadas, tanta confusión... No sé. —Se volvió hacia Medp—. ¿Qué tal van las exploraciones?

Medp estudió un lector que llevaba en la muñeca.

—Hemos introducido ya en el transparlante veinte idiomas diferentes, con un número incontable de dialectos... y eso sólo escuchando su radio y su televisión. Aún hemos de introducir otros muchos idiomas. La tribu que nos manda el

representante habla el inglés, y ése lo hemos introducido en gran cantidad.

Lothas volvió al portillo.

—¿Y las otras exploraciones?

—Todo es muy parecido a como habían predicho: la radiación residual es despreciable, se ha restablecido la vida animal y vegetal, aunque las formas han sufrido enormes mutaciones. Como ya he dicho, todo es tal como estaba previsto.

Lothas hizo un gesto:

—Todo, excepto esos u-manos. Esos seres no fueron previstos. —Tendió la garra y tocó un panel que dejó caer la armadura sobre el portillo, luego se volvió hacia Medp—. Yo también tengo una pregunta, sapiente.

—Habla.

Lothas se tendió en una colchoneta y cerró los ojos.

—Si la situación fuera la inversa, Medp, ¿cómo elegiríamos a un representante?

—Eso es fácil de responder: enviaríamos al más sabio de nuestra raza. Ningún otro estaría a la altura del momento.

Lothas asintió con la cabeza.

—Quizá los u—manos hagan lo mismo.

Baxter miró en derredor, a los altos mandos sentados en la habitación.

—¿De qué demonios me están hablando ustedes?

El Secretario de Defensa miró al Jefe del Estado Mayor y éste y el Jefe de la Fuerza Aérea miraron al Comandante de la Base en la que estaba destinado Baxter, el general Stayer. La gélida mirada de Stayer pareció hacer descender en veinte grados la temperatura de la habitación.

—No parece comprender la situación, capitán. No se le está pidiendo que lo haga, se le está ordenando. Ha sido elegido para esta misión.

Baxter encontró una silla y se dejó caer sobre ella. Se dio cuenta de que estaba dando la impresión de ser un tanto impulsivo, por lo que inspiró profundamente unas veces antes de seguir:

—Caballeros, no sé cómo me ha tocado esta china. Hace ya siete, no, ocho años, desde que volé en algo que se parezca ligeramente al Python.

Un anónimo coronel, sentado junto al Jefe de la Fuerza Aérea, se inclinó hacia adelante:

—Está usted familiarizado con el XK-17 Python, ¿verdad, capitán?

Baxter se alzó de hombros y agitó la cabeza.

—Sólo con fines publicitarios. Nunca he volado en él, ni siquiera he estado dentro. Las cosas que sé de él son las que quiere conocer la gente, como los datos de coste, las prestaciones...

—¿Está al día su permiso de vuelo?

Baxter alzó las manos, luego las dejó caer.

—Sí.

—¿Y está usted en perfecta forma física?

Baxter volvió a asentir con la cabeza.

—Pero, coronel...

El coronel levantó una mano.

—Capitán, le sorprenderá ver lo rápido que podemos ponerle al corriente del XK-17...

—¡Coronel! —Incluso a Baxter le asombró lo fuerte del tono de su propia voz—. Coronel, debe de haber al menos cinco pilotos de los que yo pueda darle los nombres, que están perfectamente entrenados para volar en el Python y que en este mismo momento se encuentran en la base.

El general Stayer cortó con un gesto de la mano al coronel.

—Dejémosnos de rollos, Baxter: le ha tocado a usted. Ninguno de esos pilotos es un experto en relaciones públicas. Usted sí.